

NOTA DEL EDITOR

Según una encuesta reciente del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, el cuarenta y dos por ciento de la población española admite sin el más mínimo rubor no haber leído ningún libro durante el año 2000. El dato puede ser alarmante, incluso escandaloso, pero difícilmente sorprenderá a quienes, por obligación profesional o devoción personal, hayan tenido la mano en el pulso de nuestra cultura en las últimas décadas.¹ Así, como señala Juan Pablo Fusi en *Un siglo de España: La Cultura*, los índices de consumo de literatura, que a principio de los años 90 permitían hablar de un *boom* en la producción y venta de libros, no se correspondían con el índice de lectura de los españoles, que tampoco entonces llegaba siquiera al cincuenta por ciento.² Pero no hace falta apoyarse en encuestas para reconocer lo que, desde hace ya mucho tiempo, es evidente en el panorama literario de este nuevo fin de siglo. Aquellos que en los últimos veinte años han tenido que enfrentarse con la dura realidad de un sistema educativo anquilosado y reacio – cuando no abiertamente reaccionario – frente a cualquier tipo de cambio (no ya de fondo, sino incluso de forma) han podido constatar desde el día a día de la docencia la progresiva erosión de la lectura y el estudio de la literatura entre nuestros jóvenes.³ Pero,

¹ Juan Goytisolo, en un artículo titulado “Gaceta cultural: perspectiva 2000”, publicado el 5 de enero de 1998 en *El País*, criticaba lo que ya entonces estaba muy claro: las campañas de promoción de libros, los alardes editoriales del número de ventas, la exaltación pública de escritores, periodistas y presentadores de televisión y, en resumen, toda aquella espuma de superficie que arrastra la cultura de consumo y el consumo de la cultura.

² Fusi, Juan Pablo. *Un siglo de España: La Cultura*. Madrid: Pons, 1999; páginas 185-193.

³ El REAL DECRETO 1640/1999, del 22 de octubre (BOE nº 257, del 27 de octubre, 1999), por el que se regulan las pruebas de acceso a estudios universitarios, y que viene a fusionar las antiguas materias de *Lengua castellana y literatura española* en una sola (*Lengua castellana y literatura*) – reduciendo el contenido relativo al estudio de la literatura a un tercio del que hasta este momento tenían las PAAU – es el último testimonio de la degradación institucionalmente premeditada del estudio de la literatura. Véanse en particular los Artículos 7 y 8. Y no se trata sólo del impacto que estas medidas puedan tener en la enseñanza secundaria, sino también en la universitaria, por lo que supone de merma o déficit en una formación intelectual.

en mi opinión, el problema no radica en esa mitad de la población española que no lee (porque simple y democráticamente no quiere), sino en esa otra mitad restante que sí lee y que, con excesiva frecuencia, confunde el concepto de lectura con el de enunciación, el de reflexión crítica con el de descripción y, en consecuencia, los de interpretación o análisis con los de síntesis o resumen de la anécdota.

La preeminencia de la literatura de quiosco y la relativización de valores literarios, junto a una cierta trivialización de la cultura –convertida en moda, acto social y espectáculo– también ha contribuido al actual estado de crisis (más de lectura y de lectores que de creación literaria), fomentando una desvalorización de la verdadera cultura, por la aceptación acrítica y desjerarquizada de cualquier tipo de producto pseudocultural (libros de escándalo, biografías de famosos, literatura de “best sellers”); la orientación del libro, y de la industria cultural, hacia el mercado sobre la base de grandes promociones publicitarias y llamativas campañas de lanzamiento al margen de la calidad...⁴

Las causas son ciertamente muchas, pero acertar en el diagnóstico de la enfermedad no equivale a acertar con el remedio. Como Arquímedes, necesitamos buscar un punto de apoyo, el fulcro sobre el que apoyar la palanca de un cambio, y esa labor compete de manera más urgente e inmediata a los críticos y estudiosos de la literatura que, desde la enseñanza secundaria o desde la universidad, ejercen la responsabilidad más pesada: la del ejemplo.

En mi opinión, es indispensable una reconducción de la lectura, desde ese *aprender a leer* que es el reconocimiento gráfico de las letras y su codificación significativa en fonemas y sintagmas, hasta ese otro *saber leer* que constituye el acercamiento al libro, teniendo en cuenta la trascendencia polivalente y plurisignificativa de la palabra que opera siempre en la obra literaria. En este sentido, si es cierto que quien bien se expresa bien piensa, y que el aprendizaje lingüístico está tanto en función del pensamiento como de la palabra, cabe deducir como corolario que la expresión lingüística no sólo estructura el pensamiento sino que lo condiciona. Y he aquí lo auténticamente alarmante de este *brave new world* que asoma ya en el quicio del siglo XXI como una sociedad funcionalmente analfabeta (cuando menos, en potencia y desde el pesimismo previsor de quienes no lo desean). La lista de considerandos es ominosa: la

⁴ Fusí, Juan Pablo, *op. cit.*, página 189.

carencia de sentido crítico, la incapacidad para entender un problema y, en consecuencia para enfrentarse a él, la falta de valores, tan puesta en solfa por la última Reforma, y un largo etcétera de rémoras y deficiencias que ponen en entredicho algo mucho más importante que el futuro de la literatura (a saber, la capacidad de futuras generaciones para pensar libremente).

El impacto social es evidente. Los medios audiovisuales han desplazado al libro, pero no le han substituido como escuela de formación social. A nadie se le escapa que vivimos en una sociedad cada vez más informatizada y con mayor acceso a la información; pero no por ello podemos hablar de una sociedad mejor informada. Desde diversos organismos públicos y privados, haciéndose eco de poderosos *lobbies* que representan los intereses de empresas multinacionales, se nos advierte de la internacionalización de conocimientos, conceptos, valores y actitudes. Se toca *al arma* de *internet* y de la *tarifa plana*, y por todas partes se proclama el advenimiento de la *aldea global*; pero a pesar de toda esta fanfarria, cada día es más evidente, a la vez que más fuerte y más temeraria, la estulticia arrogante de ese *aldeano* que, viento en popa y a toda vela, surca los mares del *ciberespacio* sin dirección, sin rumbo y sin brújula, recreándose en las posibilidades de ese gigantesco espejo mágico que es la pantalla de su ordenador y en el cual contempla embelesado su propio ombligo – que no es otra cosa que el espejismo de poder ir a todas partes *sin salir de casa*.

Y sin embargo, se mueve. De nada vale maldecir la oscuridad: sólo cabe encender una vela. Y si bien es posible que ya no haya solución, o que ésta se encuentre todavía muy lejos para poder anticiparla, de lo que no cabe dudar es de que no la encontraremos tanto en cuanto sigamos empeñados en no querer buscarla. Por esta razón, y frente a otras tendencias críticas que entienden y propugnan una lectura o análisis literario eminentemente estético, socialmente aséptico y políticamente correcto, desprovisto del polvo del camino que la historia arroja siempre sobre el texto literario, la convocatoria a la que han respondido todos aquellos cuyos trabajos aquí se recogen invitaba a la reflexión y al estudio de la relación entre la literatura y la sociedad.⁵ Y si de manera más

⁵ Por esta razón surgió en abril de 2000 la convocatoria del primer congreso nacional de *Literatura y Sociedad: El Papel de la Literatura en el Siglo XX*. Y por esa misma razón aparece ahora esta colección de ensayos críticos sobre el mismo tema, abordados desde distintas perspectivas y abarcando distintos períodos, movimientos obras y autores, pero asumiendo como denominador común el deseo (casi compromiso) de reflexionar sobre la literatura de este siglo XX que, en breve, será causa y origen de nuestro futuro inmediato.

explícita se proponía el análisis del papel de la literatura en el siglo XX, es porque entendíamos que, en el quicio de un nuevo siglo, procedía volver la vista atrás, sin rencores ni nostalgias, sin inciensos ni mistificaciones, para aprender de ese pasado más o menos inmediato que, como punto de referencia en el tiempo y el espacio de nuestra literatura (y nuestras vidas), nos permite triangular posiciones y establecer las coordenadas del presente para trazar con mayor seguridad un nuevo rumbo hacia el futuro en el recién llegado siglo XXI.

En esta importante labor han contribuido muchos destacados estudiosos de esa parcela de la literatura española a la que cada vez menos podremos llamar *contemporánea*. Cada uno de ellos, por separado, ha abierto una importante vía de diálogo que, mediante la publicación de este libro, espero pueda encontrar una pronta respuesta, no sólo para confirmar o rebatir ideas, sino para continuar esa labor de análisis y reflexión crítica que, durante tres días de abril del año 2000, anidó en la Universidad de A Coruña.